

CAPÍTULO V

Organización social de la teocracia. — Introducción de las ideas nahoas en la región quiché. — Calendario. — Nombres de la veintena. — Signos iniciales. — Noticias que de ellos se dan. — La teogonía. — Tepeu. — Gucumatz. — Las máscaras sagradas. — El dios creador. — Tohil. — La duodecidad. — Creación del hombre. — Fábula de la generación de Hunhunahpú Xpiyacoc y Xmucane. — Etimología de sus nombres. — Su relación con Cipactli y Oxomoco. — El língam. — La cruz — El ácatl. — Explicación de la pintura relativa del códice Borgiano. — La lápida solar de Cuauhtitlán. — Pintura del ritual Vaticano. — Confusión del ácatl con el língam — Esculturas de la casa de las Monjas en Uxmal. — La cruz. — Priapo. — El árbol de la vida. — Mayahuil. — El Tonacaquáhuitl. — Confusión del árbol con el óllin. — Pinturas del códice de Viena. — La cruz como dios de las lluvias. — Diversas clases de cruces. — Suplicio en forma de cruz. — La cruz de Cozumel. — La del Palemke. — El templo de la cruz. — El altar. — Los dos relieves exteriores. — Los tableros de la cruz — Explicación del relieve. — Las cariátides. — El subterráneo. — Misterios. — La voz de los dioses. — Profecías.

Era Palemke la ciudad sagrada, la metrópoli de la región quiché, residencia de su rey sacerdote y cabeza de la teocracia, como lo era Izamal en la península maya, y como lo eran Quitemaquí ó Kitemaki y Chulul en el país de los vixtoti, aunque ahí sólo ésta se tenía por capital. El carácter propio de la teocracia producía una organización social de especie determinada que vamos á fijar, porque sirvió de norma en lo sucesivo, y ella basta á explicar la grandeza y decadencia súbitas que tenían los imperios más poderosos. Un rey sacerdote no puede gobernar una gran región; la organización que tuvo el dominio temporal del papado bien nos lo demuestra. No basta que Zamná disponga de las diez mil lanzas de pedernal de Hunpictok, ni que Votan tenga á sus órdenes á Chay-Abah, el jefe de los guerreros de armas de obsidiana; por la naturaleza misma de la teocracia, reconcentra ésta su fuerza, su poder y su dominio en la ciudad sagrada. En ella levanta los más prodigiosos monumentos, en ella acumula las mayores riquezas, de predilección provee á su defensa y lo mismo la llena de templos que de murallas. Los demás pueblos adonde extiende su dominio sólo le sirven de tributarios; le son útiles en cuanto aumentan la riqueza y la pompa de la ciudad sagrada y en tanto que la dan brazos para defenderla de invasiones extrañas. Pero el gobierno propio de aquellos pueblos no le importa, y de aquí el que se constituyeran varios cacicazgos y aun reinos independientes en su gobierno interior, como hoy decimos, pero sujetos á la metrópoli, para contribuir con sus hombres y sus tributos. A lo más si el rey sacerdote nombraba á los señores de esos pueblos ó en su elección intervenía ó les ponía, para asegurarlos, guarnición de sus guerreros.

Así, pues, en la ciudad sagrada es donde encon-

traremos reconcentrada la nueva civilización. Desde luego se conoce la introducción de las ideas nahoas en el calendario y en las tradiciones religiosas del *Popol-Vuh*; después las hallaremos claras en los monumentos.

Primeramente nos encontramos con el período ó mes de veinte días. Éstos son los siguientes, según el señor Núñez de la Vega, obispo de Chiapas:

- 1.—*Mox*.
- 2.—*Igh*.
- 3.—*Votan*.
- 4.—*Ghanan*.
- 5.—*Abagh*.
- 6.—*Fox*.
- 7.—*Moxic*.
- 8.—*Lambat*.
- 9.—*Molo* ó *Mulu*.
- 10.—*Elab*.
- 11.—*Batz*.
- 12.—*Enob*.
- 13.—*Been*.
- 14.—*Hix*.
- 15.—*Tziquin*.
- 16.—*Chabin*.
- 17.—*Chic*.
- 18.—*Chinax*.
- 19.—*Cabogh*.
- 20.—*Aghual*.

Procediendo por analogía y considerando que ya en el tiempo de la Conquista los días de este calendario debieron tener el mismo orden que los del mexicana, resultará que los cuatro signos iniciales son: *Lambat*, *Been*, *Chinax* y *Votan*.

Boturini y Veytia ponen á *Votan* por primero de los signos iniciales, y éste comienza por él la lista

de los días. En los diversos autores están escritos los cuatro signos con letras mayores como para expresar que son los principales y cronográficos. Nosotros creemos que al introducirse el calendario nahoá entre los quichés pusieron éstos por primer día inicial y principio del año á su dios *Votan*. Era lógico; pero no quedó representando al astro sol sino á la estrella de la tarde, y de aquí fué el que en la nueva teogonía se dieran á *Votan* muchos de los atributos de *Quetzalcoatl*, particularidad que ya habían notado algunos escritores.

El sol es *chin*, y *chinax* su símbolo ritual, como es *kin* en maya. *Lambat* representará entonces á la luna, pero ese nombre no lo significa; tiene más bien relación con la lluvia, con el *Tlaloc* quiché; es algo como el *Zamná* maya, con cuyo nombre tiene semejanza, y por eso se refiere al astro de la noche; *Been* queda para la tierra. Es notable que este nombre (*bin*) signifique en tzapoteco lazo, cuerda, mecate, lo mismo que *mécatl* ó *meca*, nombre de la raza invasora.

De estos cuatro signos, dice el obispo Núñez que en héroes los convierte, que *Votan* es el tercer gentil que está puesto en el calendario y en el cuadernillo histórico escrito en idioma de indios, que ahí se van nombrando todos los parajes y pueblos en que estuvo y que todavía en sus tiempos había en Teopixca generación de Votanes; de *Been* cuenta que dejó escrito su nombre en la piedra parada que está en el pueblo de Comitán; de *Chinax*, que fué gran guerrero, y lo pintan con bandera y dicen que murió quemado; y de *Lambat* sólo cuenta que también hacían memoria de él.

Que al sol *Chinax* lo tuviesen por un gran guerrero y lo adornasen con banderas, es idea común á varios pueblos antiguos, y por hundirse el astro en las nubes de púrpura del ocaso, finge la fábula que murió quemado, lo mismo con el dios quiché que con el Heracles griego. De *Been* se agrega que viajó por todo el país, dejando señales diferentes en los puntos principales por donde pasaba. Estas señales son las piedras en figura de lengua ó lanza, de dos y media á tres varas de altura, como la del campo de Kixté. Los indígenas las tributan adoración y las adornan con plantas y flores olorosas. Creemos que esas piedras eran símbolo del poder creador y fecundador de la tierra.

Mas debemos advertir que encontramos á *Chinax*, *Votan*, *Lambat* y *Been*, como signos iniciales del calendario chapaneco; de manera que es probable que estuvieran ya corrompidos, lo mismo que los nombres de los otros días, y que no sean exactamente los primitivos quichés. De todos modos resulta que los emigrantes introdujeron el calendario nahoá en la teocracia de los Votan.

Las reformas hechas en la teogonía se perciben desde luego, con la introducción de los dos dioses *Tepeu* y *Gucumatx* y de los dos progenitores del género humano

Xpiyacoc y *Xmucane*. *Tepeu* es el sol en su manifestación de gran poder creador: viene á ser el *Tonacatecuhli* quiché. En lenguaje vulgar significa señor, jefe ó rey. Pero aquí tiene un sentido figurado, pues Ximénez dice en sus *Escolios de Popol Vuh*, que también como á Dios se le dan muchos epítetos de grande, de sabio y otras cosas; le dan el nombre de *Tepeu*, que significa buboso, pues en su gentilidad era grandeza de los señores el serlo, como señal de poder viril y de haber tenido muchas mujeres. Ya veremos que de la misma manera al sol de Teotihuacán le llaman *Nanahnáztin*, que también traducen por buboso.

En cuanto á *Gucumatx*, su nombre se forma de *gug*, pluma, y de *cumatx*, culebra: así es que significa *culebra con plumas*, lo mismo que *Quetzalcoatl*, y es la deidad quiché que representa á la estrella de la tarde. Varias veces tomaron su nombre los señores quichés, ya por deber, cuando eran sacerdotes de esa deidad, ó ya porque, persistentes en su antigua zoolatría, usaban frecuentemente nombres de animales y aun pretendían que en ellos podían transformarse. Así se cuenta de *Gucumatx Cotuha*, quinto rey de los quichés, que se convertía ó en águila ó en tigre ó en serpiente. Sin duda por eso los quichés, en sus danzas y ceremonias sagradas, se ponían espantosas máscaras que representaban cabezas de águila, de tigre ó de otros animales. Se llamaban *goh*, como en maya *koh*, y en el código Troano se distinguen claramente á varias personas con esas máscaras.

La voz *gug* se aplicaba especialmente á las largas plumas verdes del quetzal, que también fueron de mucha estima entre los quichés, pues las ponían como rico adorno en sus trajes é ídolos, siendo para ellos de gran gusto y de no menos precio y llegaron á constituir un tributo que daban los jefes menores ó caciques á los reyes ó señores principales. Tenemos, pues, que *Gucumatx* lo mismo puede traducirse *Quetzalcoatl* que *culebra preciosa*, como interpretan algunos escritores.

Debemos examinar la idea que de sus dioses se formaban los quichés. A más del nombre de *Tepeu*, de que ya hablamos, le decían *Tzacol-bitol*, que significa el que hace ó fabrica algo, y *Alomga-holom*, el que tiene hijos; todo para expresar su poder creador. Llamábanle también *Cac* ó fuego, que les había sido dado por mano de *Tohil*: así es que éste en realidad era el *Xiuhltletl*, y todos eran el sol en sus diversas atribuciones nahoas, introducidas por los emigrantes yaquis y ameca.

Y sin embargo de que era el dios creador, conservando su zoolatría, dejaron la creación del hombre á las deidades animales; pero los nahoas introdujeron la idea de la dualidad ó *duodeidad*, como dice con bastante fortuna el P. Ximénez: y así *Vuch*, la zorra, y *Vhú*, el lobo, fueron los padres de la humanidad. El señor poderoso *Hunhunahpú* concibió en *Xquic*, sangre, hija de *Cuchumaquic*, sangre junta, á *Hunahpú*; y éste fué

dos, *Hunahpú-Vuch* y *Hunahpú-Vhú*, que ya vimos que fueron los padres de los hombres.

Otra dualidad que aparece como los padres y ascendientes de los hombres, es la de los viejos *Xpiyacoc* y *Xmucane*. El *Popol Vuh* los llama dos veces abuelo y dos veces abuela, con lo que se quiere dar á entender que son los progenitores de los hombres. Sus nombres vienen de *iyom*, *antepasada*, y *mamam*, *antepasado*. Fueron, pues, entre los quichés los representantes de los poderes paternal y maternal de la vida orgánica; en el *Popol Vuh* se les llama abuelos del sol y de la luna, y se les invoca para la creación de la humanidad y para la germinación de las semillas. El viejo *Xpiyacoc* es el maestro de la adivinación, para lo cual se servía de los *tzite* ó frijoles sagrados; y *Xmucane* preveía los días buenos y las estaciones favorables: ambos eran grandes mágicos, y se les consultaba sobre los buenos ó malos agüeros, si nacía un niño ó había de celebrarse un matrimonio.

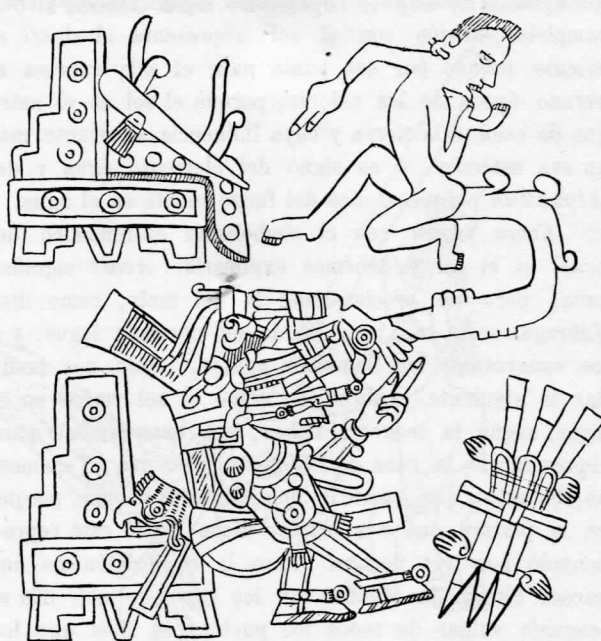
Buscando la importante etimología de estos nombres, Ximénez dice que *Xmucane* viene de *muk*, entierro ó fosa. El señor Brinton refiere que *mucaan* significa cosa que está encubierta ó enterrada, siendo buenos ambos sentidos por la costumbre que tenían los pueblos del Sur de hacer sus enterramientos en túmulos, cubriendo con tierra los cadáveres. Pues si á esa palabra se le agrega el prefijo femenino *x* y la terminal eufónica *e*, resulta *X-mucaan-e*. Y sin embargo, el mismo que da esta etimología no la acepta, y prefiere la siguiente: *x*, prefijo de mujer, y *mucanel*, fortaleza, poder: la fortaleza de la mujer. En cuanto á *Xpiyacoc* lo deriva de *xipbil*, el falos, y de *ococ*, el acto de la generación.

Sea de ello lo que fuere, tomando en consideración todos los atributos de estos dos personajes, creemos que son simplemente el *Cipactli* y la *Oxomoco* nahoas, cuyos nombres se corrompieron ó reformaron, como era natural, al pasar á otro idioma. De todos modos, vemos que en la civilización del Sur juega gran papel el poder generador, y que era importantísimo el culto del falos. Por lo demás, la etimología de *Xmucane*, que expresa la que entierra, viene bien con una de las representaciones nahoas de la tierra, con *Coatlicue*, que ha encallecido sus manos de tomar cadáveres que ocultar en su seno, y como la tierra tiene dos cualidades, la de destructora y la de creadora, le viene igualmente bien la otra etimología que da la fortaleza ó poder generador de la mujer, que corresponde á la *Chimalma* nahoas; pero notemos desde ahora que en la civilización del Norte el símbolo del poder creador era la mano, y en la del Sur el *lingam* ó falos.

Vamos á emitir una teoría audaz, pero que hemos pensado mucho tiempo, y que en nuestros monumentos vemos confirmada. Mientras más estudiamos más creemos que allá en los remotísimos tiempos en que comienza

la historia del hombre, una raza anterior á la arya y al descubrimiento del hierro, se desprendió del Asia, atravesó el África dejando la simiente de la civilización egipcia, y llegó hasta nuestro territorio. Esa raza, nómbrese dravidiana ó semítica ó como se quiera, tenía un dios anterior á los aryas, que se llamaba *In-dra*, según afirma Duncker. Era el poder generador que más tarde se representó con la cruz del *l-in-gam* †. Fué el sol por su mismo poder. Fué en el Perú *In-ta*, en nuestra región del sol *K-in* ó *Ch-in*; siempre la raíz *in*. Estas ideas vinieron completándose con la introducción de la teogonía nahoas, en que el sol era el creador, el fundador, el alimentador, el *Tonacatecuhtli*, el señor de nuestra carne. El *lingam* fué el sol, y adornado con hojas, fué la caña, el *ácatl*, y el árbol cruciforme: la primera representó los rayos fecundantes del sol y el segundo la vida que en sus movimientos aparentes da á la tierra, formando las estaciones que producen las cosechas. Fué la cruz del *nahui-óllin*, comprendiendo siempre los cuatro signos iniciales y extendiendo su significación á todo lo que se extendía la de éstos. Así significaba los cuatro puntos cardinales, las cuatro estaciones, los cuatro días principales, los cuatro años, todos los demás períodos cronológicos que á los signos se referían y el sol mismo como causa de la vida.

Expliquemos primero la caña, *ácatl*, que creemos



Cuadro *ácatl* del códice Borgiano

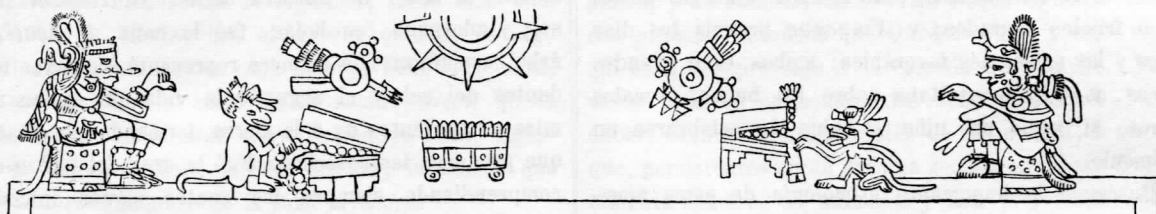
que era el *ch-in-ax* quiché. Sobre su significación tenemos una interesante pintura en el códice Borgiano. Por ser punto de tal importancia debemos tratarlo con mayor cuidado aunque nos extendamos.

Fábrega, el intérprete del códice Borgiano, explica la pintura diciendo que la figura que está sentada hacia

la izquierda debe ser el *Tlanexquimilli* de que habla Boturini, traduciéndolo *cara de oscuridad ó ceguera*. Agrega que *quimilli* es lo envuelto y *tlaneztia* hacerse claro. Y explica que la figura es de cara amarilla; rayada horizontalmente de negro la frente, nariz y barba; que tiene los ojos vendados, y que una águila, símbolo de *Itlacalhuiughi* ó dañador, reposa sobre su cabeza en acto de sugerirle alguna cosa, y que sobre la figura está otra roja volviendo atrás el rostro, que lleva en la siniestra un *cuillatl* ó excremento, y con la mano derecha señala el trono que abandona ó deja disiparse en humo y llamas, no obstante el

castigo que se le indica por una hacha que lo amenaza de arriba por satisfacer sus más viles placeres, mal aconsejado por aquel espíritu envidioso y maligno. En esta interpretación del jesuita Fábrega, que sigue al dominicano Ríos, se observa claramente lo que ya hemos notado, el empeño de referir los jeroglíficos á las ideas y tradiciones cristianas, cuando no á los sucesos bíblicos. Y sin embargo, hay tanta sublimidad en lo que significa esa pintura, que habría valido la pena de que hubiese profundizado su sentido un escritor tan docto como el comentador del código Borgiano.

Comencemos por explicar la significación del sím-



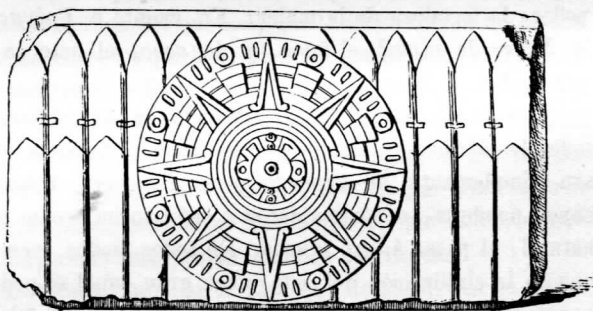
Ritual Vaticano.—Creación de los cuatro astros

bolo *ácatl*, uno de los iniciales y el primero entre ellos. Ya hemos dicho que de los puntos cardinales representa el oriente, como estación el verano y como elemento el agua, expresando también la primera época ó edad del agua, *Atonatiuh*. Todas estas significaciones tienen completa conexión con el sol: representa el *ácatl* el oriente, porque por ese punto nace el sol; expresa el verano, época de los calores, porque el sol es el astro que da calor á la tierra y cuya influencia se siente más en esa estación, y es signo del elemento agua y del *Atonatiuh* porque el dios del fuego reside en el agua.

Ahora vemos que el simbolismo astronómico del *ácatl* es el sol y debemos explicarlo. *Acatl* significa caña; pero no precisamente la del maíz, como dice Fábrega: es la caña que se da en nuestros lagos, y á los cañaverales les llamaban *acatla*. Esto nos podía dar la siguiente explicación: como el sol reside en el agua, según la teogonía nahoa, era buen símbolo para representarlo la caña de los lagos, el *ácatl*. Tenemos, no obstante, que buscarle nueva interpretación, porque en la pintura que nos ocupa, dicho *ácatl* está representado por tres flechas. Pero la explicación no nos parece difícil: las flechas son los rayos del sol. En el lenguaje vulgar de todos los pueblos se dice que los rayos del sol hieren y traspasan. En el ritual Vaticano, en la pintura de la creación de los cuatro astros, el sol está representado por el haz de flechas, y puntas de flecha son en la piedra del sol los rayos del astro.

Tenemos además un monumento que comprueba esta idea. Es una piedra que se encontró debajo del altar mayor de la parroquia de Cuauhtitlán. Está labrada solamente por una de sus caras y mide sesenta y ocho

centímetros de largo por treinta y cuatro de ancho. No debe sorprender que tal lápida jeroglífica se hubiese encontrado debajo de un altar cristiano, pues para ello pudo haber dos razones. Ya por utilizar los materiales, ya para hacer gala del triunfo del cristianismo, empleáronse en los primeros tiempos las piedras de la idolatría



Piedra de Cuauhtitlán

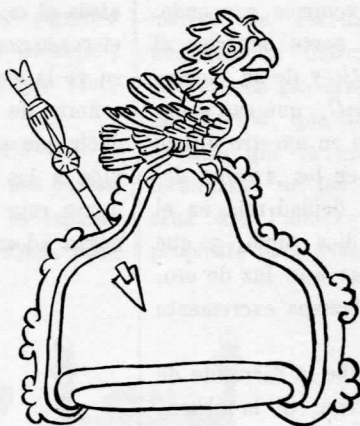
indiana en los cimientos y en la construcción de los templos. Así se han encontrado por base de las columnas de la primera catedral de México las culebras del *coapantli* del templo de *Huitzilopochtli*. La otra razón que hubo para la existencia de los ídolos dentro de las iglesias cristianas, fué que los indios, no convertidos todos por su gusto á la fe del conquistador y temerosos de seguir á las claras su culto antiguo, enterraban sus piedras idólicas debajo de los altares; y así, fingiendo adorar á la nueva deidad, seguían orando ante los dioses de sus padres. Y de esto nos da razón extensa Motolinía. El mismo cronista cuenta que después de la destrucción de monumentos, que se hizo en

Texcuco el primer día del año 1525, se dió también batalla al demonio en México y Cuauhtitlán. Es seguro que desde entonces se ocultó debajo del altar mayor de la iglesia de este pueblo la piedra de que tratamos, la cual representa al sol, el primero y principal de los

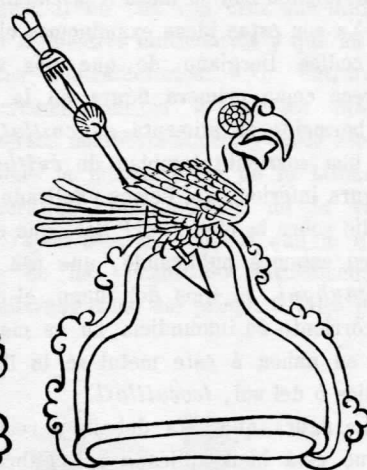
dioses nahoas como creador y sustentador de la vida. Ocupa, en efecto, el centro de la lápida un *Tonatiuh*, apareciendo sobre un fondo de flechas, que unidas llenan toda la cara del monumento. Son doce y están perfectamente trabajadas, y se distinguen con claridad



Ocelotl



Cuauhtli



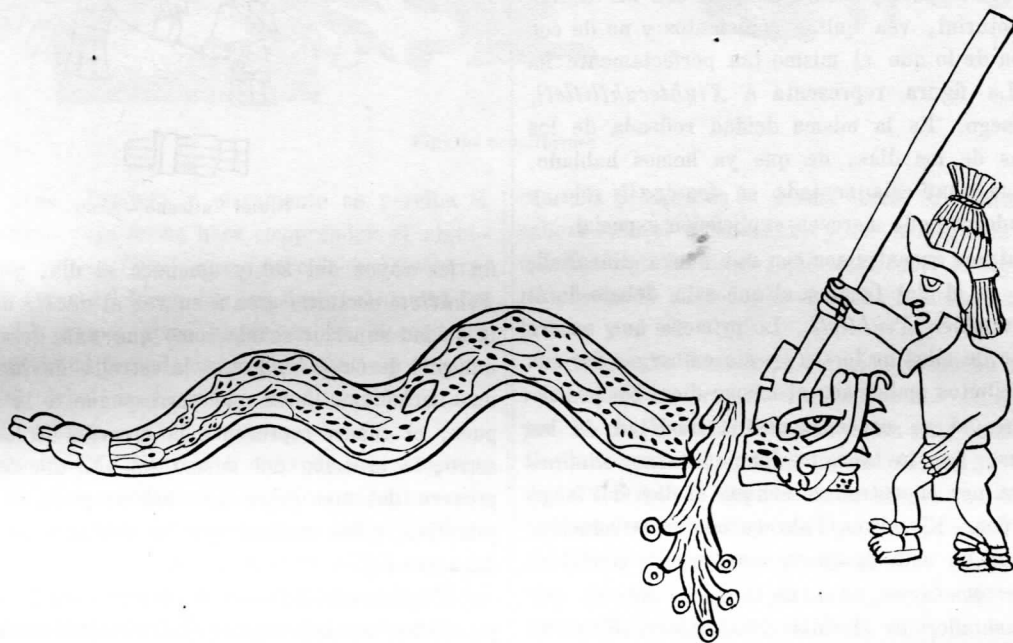
Cozcacuauhtli

Código Bodleiano

las cañas y las puntas conque terminan, iguales en forma á las comunes de obsidiana. Se diría que para representar con más magnificencia al sol, el escultor había querido ponerlo sobre un cielo de sus rayos ó *ácatl*. Podemos, pues, decir que así como el *cipactli*

es la primera luz que bajó del astro rey á alumbrar la tierra, el *ácatl* es la representación de la lluvia de rayos de fuego conque el sol da calor y vida á nuestro mundo.

Podemos traer en apoyo de que el *ácatl* es la



Código Bodleiano. — El sol y la estrella de la mañana

expresión de los rayos solares, algunas figuras del código Bodleiano, tanto más adecuado cuanto que es una pintura tzapoteca, y por lo mismo expresa la fusión de las dos teogonías. Recordemos que los cuatro primeros días son *ácatl*, *ocelotl*, *cuauhtli* y *cozca-*

cuauhtli; pues para significar que estrella, luna y tierra reciben los rayos vivificantes del sol, pero que al mismo tiempo muere su luz ante el resplandor de este magnífico astro, nos muestra el código las figuras del *ocelotl*, *cuauhtli* y *cozcacuauhtli* atravesados por la

flecha *ácatl*. Así en el código Borgiano, para dar á entender que á la salida del sol muere la luz de la estrella de la mañana, está la culebra *Quetzalcoatl* herida por una flecha, *ácatl*. Y la misma idea se representa en el código Bodleiano, en donde vemos al sol dividiendo con su lanza á la culebra.

Ya con estas ideas examinemos el cuadro jeroglífico del código Borgiano de que nos venimos ocupando. Aparece como primera figura en la parte superior el dios bermejo: se alimenta de *cuítlatl*, y de su vientre sale una corriente también de *cuítlatl*, que cae sobre la figura inferior. Ya hemos explicado en nuestro último estudio sobre la piedra del Sol, que en los *Anales del Museo* estamos publicando, que esa deidad roja es el *Ixcozauhqui*, el dios del fuego, el dios rubio, y que esa corriente de inmundicia no es más que luz de oro; pues en nahoá á este metal se le llamaba excremento del dios ó del sol, *teocuítlatl*.

La figura que está debajo y recibe la corriente de luz, no está bien aplicada por Fábrega. Si la observamos de pronto desprendiéndonos de sus accesorios, contemplamos á un hombre con el cuerpo, brazos, piernas y pies negros, que levanta la mano en actitud de crear el *ácatl*; con la cara cubierta con la sagrada máscara amarilla rayada de negro, y la cabeza adornada con el *tlalpöllini* de plumas verdes. Pues bien, llámanos la atención y mucho, que dios tan conocido y tan bien descrito por el mismo Fábrega en otro lugar, aquí se le presente extraño, y confundiéndose con las confusiones de Boturini, vea bultos cenicientos y no dé con la explicación de lo que él mismo tan perfectamente ha explicado. La figura representa á *Xiuhtecuhltitl*, el dios del fuego. Es la misma deidad rodeada de los veinte signos de los días, de que ya hemos hablado, solamente que aquí está sentada en *teoicpalli* rojo, y tiene otros adornos que merecen explicación especial.

Mas aquí nos encontramos con una nueva dificultad; el dios rojo es el del fuego y el que está debajo de él resulta ser también *Xiuhltecll*. Lo primero que ocurre es que alguno de ellos no lo sea; y sin embargo, por sus diferentes atributos ambos son el mismo dios. No podríamos explicarlo si no conociésemos la dualidad de los dioses nahoas. Por lo tanto no debe causarnos admiración si ahora nos encontramos con que el dios del fuego es un dios dos. El mismo Fábrega nos da la solución, pues al tratar de esta figura en otro lugar la considera como *carácter nocturno*. Así, de la misma manera que el dios alimentador es de día *Tonacatecuhtli* y de noche *Mictlantecuhtli*, y que el tiempo como día es *Cipactli* y como noche *Ozomoco*, tenemos al dios del fuego, al elemento creador con dos caracteres; como símbolo diurno es el *Ixcozauhqui*, el sol de rayos de oro, y además lo hallamos ahora como signo nocturno. Intentemos comprenderlo y explicarlo según los atributos que tiene en el cuadro jeroglífico de que vamos tratando.

Si examinamos la figura del *Xiuhltecll* como carácter nocturno veremos que representa el cielo de la noche. Negro es el dios como en esas horas negro el firmamento; de su cuello penden como adornos la media luna y la estrella *Quetzalcoatl*; el canuto que le atraviesa la nariz termina en dos estrellas, y en estrellas terminan también las correas de sus *cacilli*; tiene hacia atrás el *cuauhtli*, símbolo de la luna, y sobre la frente el *cozcacuauhtli*, que lo es de la tierra, y en su cabeza se ve la espina roja, signo representativo de la estrella señora de la noche, *Yacahuiztli*. Debemos, pues, decir que el dios del fuego como carácter nocturno da vida á los astros de la noche; y por eso vemos á la figura roja vertiendo su corriente de luz sobre la figura negra adornada de astros. Pero de la noche brotan al



Ritual Vaticano—Acatl

fin los rayos del sol y amanece el día, y por eso el *Xiuhltecll* nocturno crea á su vez el *ácatl*, mientras que la deidad superior señala como que van desapareciendo, una piel de *Océlotl*, que es la estrella de la mañana, y una hacha con humo que corresponde á la luna. Así, pues, el cuadro representa la creación de los rayos del astro, la creación del mismo sol. El día *ácatl* era el primero del año entre los nahoas y en el calendario primitivo, y fué natural que se dedicase al nacimiento del astro rey.

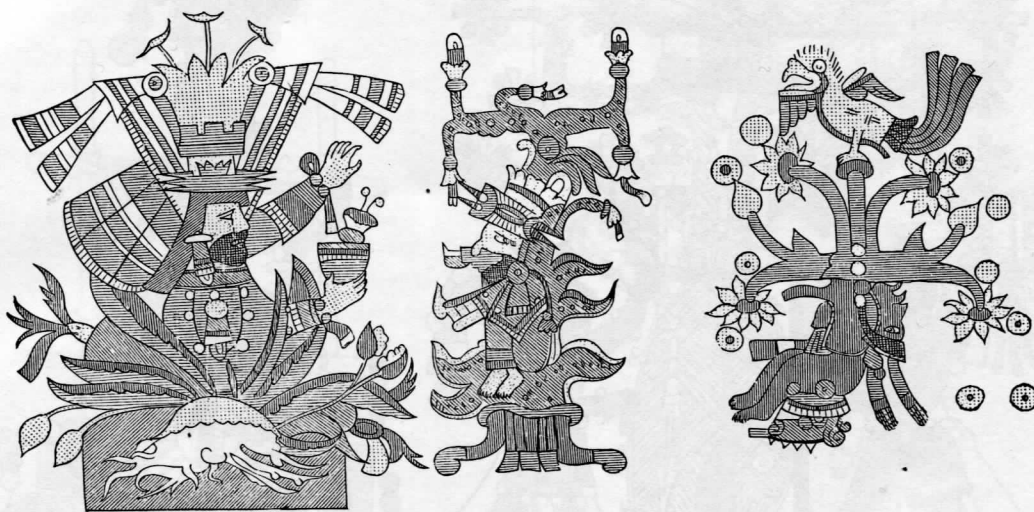
Confirma lo dicho, y de una manera más expresiva, el cuadro correspondiente del ritual Vaticano. En la parte superior se ve al dios rojo del fuego, á la vieja deidad, al creador; de él bajan dos corrientes de luz, la una amarilla, que enciende al sol, rey del día, y la otra azul, que da luz á los astros de la noche, á la pálida luna. Ambas corrientes llegan á la figura negra que tiene debajo el haz de *ácatl*; pero del dios negro, de la oscura noche, sale la lengua roja del sol.

Si nos fuese permitido hacer una paráfrasis de esta pintura la interpretaríamos de la siguiente manera: *En el principio el universo era un caos negro; pero el dios creador, el fuego, alumbró los astros, y de la negra noche brotó por primera vez el sol de rayos de oro, el ÁCATL.* Ya ahora comprenderemos el nombre dado por Fábrega á la deidad misteriosa: *Tlanexquimilli*, voz compuesta del verbo *tlanexitia*, que significa resplandecer, lucir ó relumbrar, y del nombre *quimilli*, envoltorio, compuesto que expresa lo envuelto que luce, el negro caos que al fin resplandece.

Restanos ver cómo el *ácatl* se confundió con el *lingam* en la civilización del Sur, y para esto nos bastan unos ídolos mayas ó esculturas que están á la espalda del ala tercera de la casa de las monjas en Uxmal, pues

tienen el fállos de la misma forma que la figura convencional del *ácatl*; pero en el mismo Palemke ó Nachán tenemos una prueba concluyente en el famoso relieve de la cruz, pues dentro de éste se ve esculpida la flecha símbolo del *ácatl*.

Nos encontramos al fin con esa cruz que tanto ha dado en que pensar á nuestros anticuarios y que ha sido motivo de escritos contradictorios. No entraremos nosotros en discusiones inútiles á nuestro intento. La cruz en sus diversas manifestaciones, y en la especial del *lingam*, que tiene la misma forma de la latina, no es más que la hierática representación de la virtud fecundante de los rayos solares. Parece que la nueva cruz del Palemke se ha encontrado últimamente á propósito para enseñarnos cómo del priapo ó fállos puede



Figuras cruciformes

formarse la cruz. Distinta y claramente se percibe la figura del priapo, cuya forma hace comprender el significado del dios quiché *Tohil*, que quiere decir derecha, y que es el autor del fuego *cac*, es decir, el generador de la vida. El priapo, como se ve en el relieve, por causa de su virtud fecundante produce ramas y se convierte en el árbol de la vida, árbol cruciforme que representa la priapea.

Sin necesidad de recurrir á citas de las teogonías orientales, en nuestros mismos jeroglíficos encontraremos bien expresada esa idea. Tenemos en el código Vaticano y en la pintura 39.^a una representación cruciforme muy expresiva: es, según el padre Ríos, la diosa *Mayahuil*, que tenía cuatrocientas cabezas y que fué convertida en maguey, porque era esta planta muy productiva y elemento de vida para nuestros antiguos pueblos. Dos cosas queremos notar: que la figura coronada por una flor conserva la forma del priapo, y que su nombre tiene la raíz *maya* como recuerdo de que la deidad tuvo su origen en la región del Sur. Podemos citar figuras semejantes en las pinturas 41.^a y 65.^a del ritual Vati-

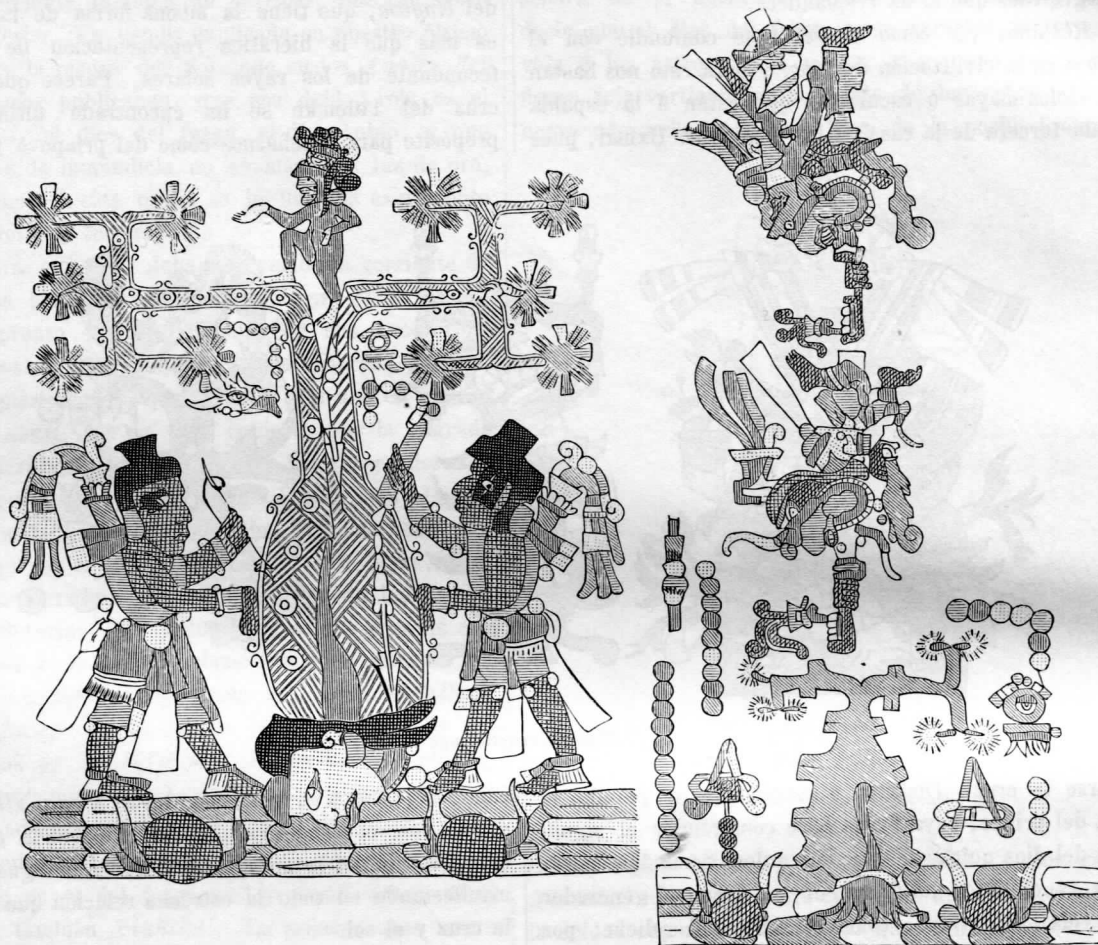
cano; la primera es la misma diosa *Mayahuil*, de cuya cabeza sale el árbol-cruz, y en la segunda éste brota del dios rojo del fuego, que está sobre el signo *cipactli*, manifestando en todo la estrecha relación que hay entre la cruz y el sol.

Mucho ha llamado la atención y mucho se ha discutiendo sobre los árboles cruciformes del código de Viena, por la particularidad de que de su raíz destilan sangre. Desde luego el que está en la pintura 37.^a es el árbol de la vida por el que circula la sangre, y que manifiesta también esa vitalidad con las flechas *ácatl* ó rayos de sol que en ella se ven y con el dios creador *Xiuhltētl* que ostenta en su parte superior. Es un símbolo-pleonasma, digámoslo así, de la vida, de la generación, de la producción y del alimento; lo que explica por qué los tolteca llamaban á la cruz, según Ixtlilxóchitl, *Tonacaquáhuil*, que quiere decir *árbol del sustento ó de la vida*.

La otra pintura, que es la 50.^a del código, tiene mucha mayor importancia; es también el árbol cruciforme, pero sus raíces son la sangre que sube por su

tronco á vivificarlo; bajo este aspecto es el *lingam* el *Tonacaquáhuitl*; por eso á un lado se ve el signo *ácatl*, caña. Mas al opuesto está el *nahui-óllin*, y entonces nos encontramos conque á la significación generadora de la cruz quiché se une la nahoa de los cuatro movimientos anuales del sol, de manera que el árbol de la vida viene á ser también un signo cronológico. Otros detalles de la pintura lo confirman. Bajan sobre el árbol dos deidades en actitud de adoración, pues ambas llevan ramas en la mano izquierda y brase-

ros con incienso ó copal en la derecha: la primera es el *Tonacatecuhtli*, como se ve por el *cipactli* de su tocado; la segunda es el *Tonatiuh* en su carácter de año, como se comprende por el *óllin* que lo adorna. Ambas completan con la figura principal la forma de la cruz ó *lingam*. Se observan, además, en la parte inferior y á los lados del árbol lo mismo que en la otra pintura de que antes nos ocupamos, dos círculos con ciertos adornos como cuernos, que se dirían globos alados, pero tales adornos no son más que una reducción gráfica del símbolo de la



Arboles cruciformes del códice de Viena

luz ó del *cipactli*, y agregados á los círculos significan astros. Estos dos astros iguales son la estrella de la tarde y la de la mañana, que son una misma, y confirman el carácter cronológico del árbol cruciforme. Sobre los globos hay un signo cronológico de que hasta ahora no habíamos hablado; es un rayo de sol que atraviesa un círculo que era la manera jeroglífica con que los tzapoteca expresaban la palabra *año*.

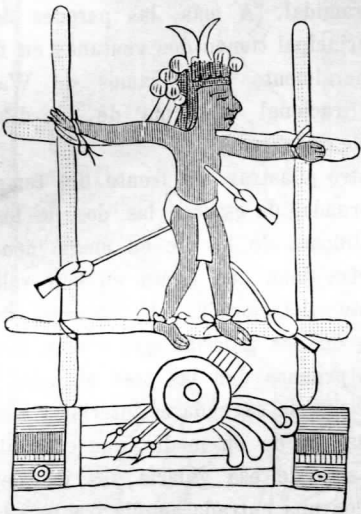
Pero al convertirse el árbol de la vida en el *óllin*, ó más bien al confundirse con él, adquirió todas sus significaciones, representó entre otras las cuatro estaciones, y como la sucesión ordenada de éstas trae las aguas y es agente importantísimo de la producción de los campos, quedó también la cruz de dios de las lluvias

y fué llamada por los tolteca *Quiahuitl-teotlchicahualiz-teotl*, según Ixtlilxóchitl, lo que significa *dios de las lluvias y de la salud*.

Esto bastaría para explicar la existencia de las cruces de diversa clase que se hallan entre nuestras antigüedades, tales como las cruces de aspas, signos de *nahui-óllin* ó curso del sol; las de brazos iguales, que son símbolo de los períodos cronológicos de la estrella *Quetzalcoatl* y la de forma latina, que es el *lingam*, muestra del poder fecundante del sol y cifra de los grandes períodos cronológicos. Agreguemos el suplicio en que al hombre se le ponía en forma de cruz, y advirtamos que no tenían ésta por suplicio sino que la víctima era la que con los brazos tendidos producía

la figura. Esto se ve claramente en el barro relativo de Nachán, y además en la pintura de un suplicio que usaron los tlaxcalteca, que consistía en flechar á la víctima; á ésta la ataban de manera que tuviese los brazos tendidos, pero el instrumento del suplicio no era una cruz sino un cuadro formado de maderos.

Y sin embargo de esto, muchos escritores se han empeñado y se empeñan todavía sin necesidad, en referir esas cruces, ó al apóstol santo Tomás ó á un obispo islandés ó irlandés, con quien confunden á *Quetzalcoatl*, para sostener que se predicó á los indios el Evangelio desde antes de la Conquista, y ya citan al efecto la de Huatulco, ya la de Tepic ó la de Cozumel. Nos ocuparemos solamente de ésta. Basta ver su dibujo para conocer que no es ni pudo ser cruz de los indios; pero á mayor abundamiento lo confirma un libro que es tan



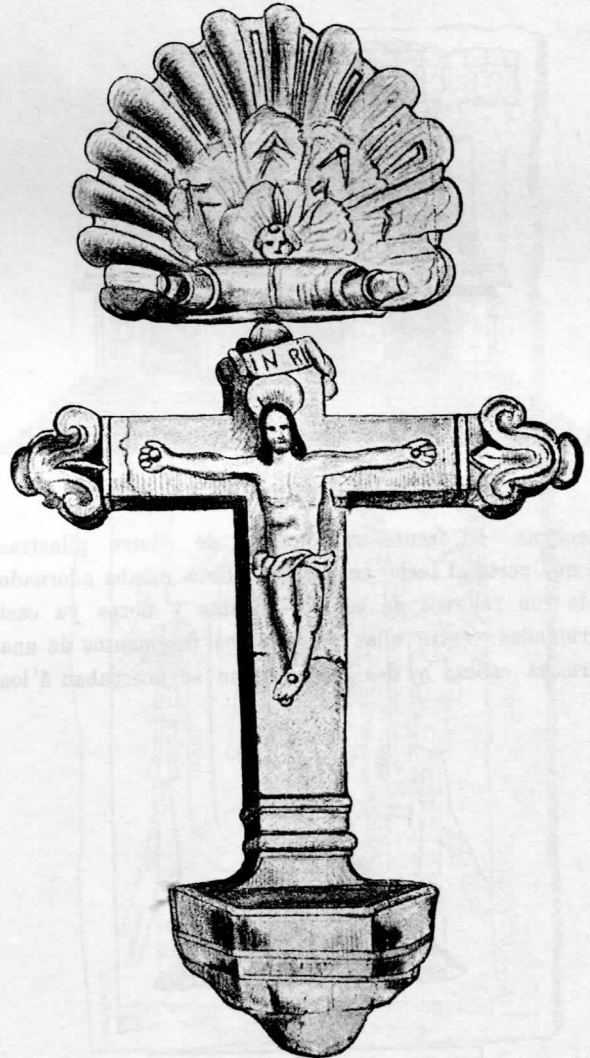
Suplicio tlaxcalteca

raro como importante, el *Informe contra Idolorum cultores del Obispado de Ixcátán*, escrito por el deán de la catedral de esa ciudad, el doctor don Pedro Sánchez de Aguilar, publicado en Madrid en 1639, y del cual es ya casi imposible el encontrar un ejemplar. Cuenta el canónigo, hablando de Jerónimo de Aguilar, que fué el que halló Cortés en la isla de Cozumel, *en donde puso una cruz* y la mandó adorar cuando pasó á México con su armada. Y añade que la quitó el gobernador don Diego Fernández de Velasco, el año 1604. Advierte el deán que de esa cruz tomó motivo un sacerdote de ídolos llamado Chilán Cambal, para hacer una poesía en su lengua, refiriéndose á la venida de los conquistadores, y que como el adelantado Montejo, que conquistó la península, tardó más de diez años en volver á ella, pensaron los españoles que los indios habían hecho la cruz en la antigüedad, y tuvieron por profecía la poesía de Chilán Cambal.

El relato del deán no sólo es útil para nuestro intento, sino que nos revela un hecho muy importante

y que hay que considerar siempre que nos ocupemos de las tradiciones; y es, que en los primeros días de la Conquista mezclaron los indios á sus recuerdos mucho de lo que recibieron de los españoles; así es que se hace preciso depurar cuanto se escribió en aquellos primeros tiempos. Esta idea nuestra es también del señor García Icazbalceta.

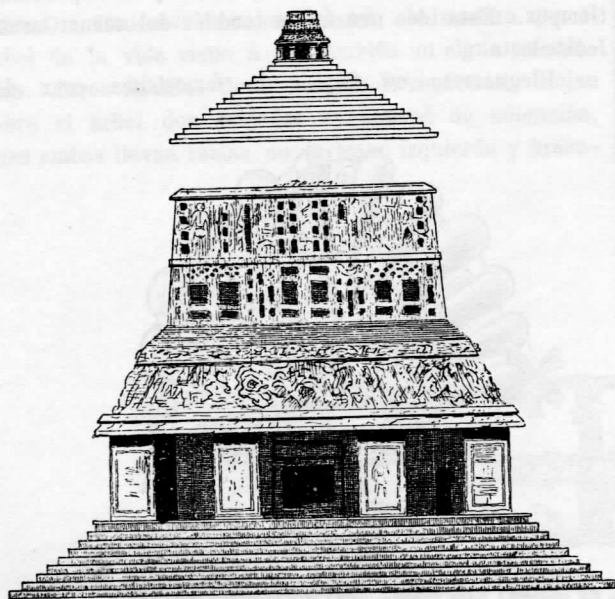
Lleguemos, en fin, á la famosísima cruz de



Cruz de Cozumel

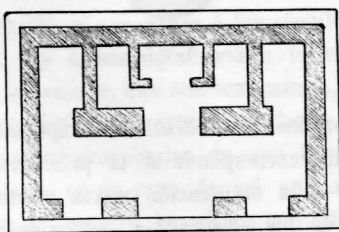
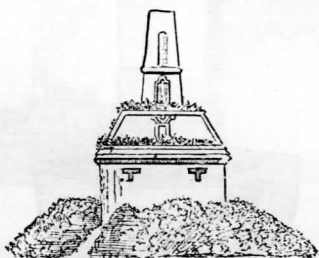
Palemke. Por las consideraciones expuestas se comprende que no corresponde á la primitiva ciudad de Nachán, sino á la civilización mixta producida por las innovaciones de los emigrantes, época en que creemos que la metrópoli sagrada mudó su antiguo nombre por el de Palemke. No tendría objeto entrar en minuciosas investigaciones sobre las ruinas, pero sí es necesario que nos formemos idea del templo en que estaba la cruz. Frente al palacio, y como á ciento cuarenta metros de él, y en el otro lado del pequeño río Otolum, que atraviesa la ciudad muerta, se levanta el templo de la

Cruz sobre una pirámide de gradas construída de mam-postería, de ciento treinta y cuatro piés de altura en el sentido de la pendiente. El templo tiene en su base cincuenta piés por treinta y uno, según las medidas de



Templo de la Cruz

Stephens. El frente se compone de cuatro pilastras de que parte el techo en declive. Éste estaba adornado todo con relieves de estuco, plantas y flores ya casi arruinadas: entre ellas estaban los fragmentos de una hermosa cabeza y dos cuerpos que se acercaban á los



Plano y perfil del templo de la Cruz

modelos griegos en la exactitud de sus proporciones. En la cima del techo hay una plataforma angosta que sostiene otra construcción extraña de dos pisos. La plataforma no tiene más que dos piés y diez pulgadas de ancho; el primer piso es de siete piés y cinco pulga-

das de altura, y el segundo de ocho piés cinco pulgadas, siendo ambos del mismo ancho. El ascenso del uno al otro se hace por medio de canes y la cubierta del piso superior es de losas transversales salientes. Los lados mayores de esta estrecha construcción son de calados de estuco, que forman dibujos caprichosos de figuras humanas con los brazos y las piernas abiertas; conociéndose que todo estuvo en otro tiempo cubierto de ricos y elegantes ornamentos en relieve. En una noche de luna y á cierta distancia debe haber parecido esa construcción algo como una fantástica celosía. Cree Stephens que servía de observatorio, y dice que desde la galería alta y á través de los huecos de los árboles que á su redor crecen, vió á lo lejos la laguna de Términos y el Golfo de México. En el dibujo de Waldeck, vista lateral, parece que los pisos superiores son más anchos que la medida que da Stephens y conservan la forma piramidal. A más, las paredes de los lados del cuerpo principal tienen dos ventanas en figura de T. Aunque generalmente desconfiamos de Waldeck, nos parece más racional la forma de su dibujo que la descripción de Stephens.

Las cuatro pilastras del frente del templo estaban también adornadas de estuco: las dos de los extremos tienen jeroglíficos; de las de en medio una está destruída y la otra tiene una figura en bajo-relieve, pero completamente deteriorada. El interior del edificio está dividido en dos galerías que corren longitudinalmente. A la primera dan las tres entradas del frente que miran al sur; la segunda es interior y está dividida en tres piezas, la de en medio, que ocupa la mitad de todo el espacio de esa galería, es un departamento rectangular con una entrada amplia frente á la principal del edificio. Rodeaba la pieza una gran moldura de estuco, y encima de la puerta había rica ornamentación, ya hoy muy maltratada. A cada lado de la puerta había un tablero esculpido de mármol, caliza ó carbonato de cal, los cuales han sido extraídos.

Estos tableros son notabilísimos y han sido reproducidos muy bien y con diferencias insignificantes por Dupaix, Waldeck y Stephens. Este último los atribuye al templo del Sol, en lo que ha sido contradicho por el profesor Rau del Instituto Smithsonian. Que vinieran bien en el altar del Sol, no lo negamos, y que pudiera haber habido en él otros iguales, posible es y aun lo creemos; pero la verdad es que Dupaix los refiere al templo de la Cruz y que en su exploración todavía los vió en él. Hoy existen en una casa del pueblo de Santo Domingo de Palenque, el más inmediato á las ruinas.

Los tableros tienen cada uno una figura de pié, y en el lugar en que estaban se daban la cara. La primera estaba á la izquierda del espectador. Las líneas del rostro están bien marcadas y el tipo es el conocido palencano. El tocado es curioso y complicado:

forma una especie de mitra con plumas hermosas y tiene el símbolo del *cipactli* sobre la frente de la deidad, lo que nos da á conocer que ésta es bellísima figura del sol, y no, como quiere el profesor Holden, del dios mexica *Huitzilopochtli*, pues todavía no se inventaba éste cuando se construyeron los templos de Palemke. Lleva estrellas por orejeras, riquísimo adorno sobre el pecho y las espaldas y gargantilla de cuentas con un medallón en que está esculpido el sol; hermosos

extraña es símbolo de *Quetzalcoatl*; de manera que podemos decir desde luego que la deidad es *Gucumatz* ó *Votan*. Stephens nos habla de una tortuga, que á la verdad no vemos, sobre todo comparando la figura con el dibujo de Dupaix. Tiene el dios por orejera el símbolo de la estrella de la tarde. Su cuerpo parece desnudo: sólo cubre su espalda con una piel de *ocelotl*, y lleva vuelos de pluma en las muñecas y tobillos y el indispensable *ex* ó *maxtli* á la cintura. Por entre las



Primer bajo-relieve de la puerta del altar

brazales y *maxtli* con adornos referentes á la cronología; calzón, sandalias y polainas; á la espalda tiene la culebra con plumas, el *Quetzalcoatl*, el *Gucumatz*, y debajo de éste una figura semejante al otro relieve; levanta la mano izquierda en actitud de adoración y en la derecha tiene una ofrenda. En la parte superior se ve una escuadra de jeroglíficos y más arriba otros cuatro signos en línea. La segunda figura no es menos curiosa é interesante. Tiene el perfil conocido, pero con el rostro cubierto con la máscara sagrada, lo que le da cierto aspecto de ferocidad. El tocado es una mitra formada de hojas con un pájaro con dientes. Esta ave



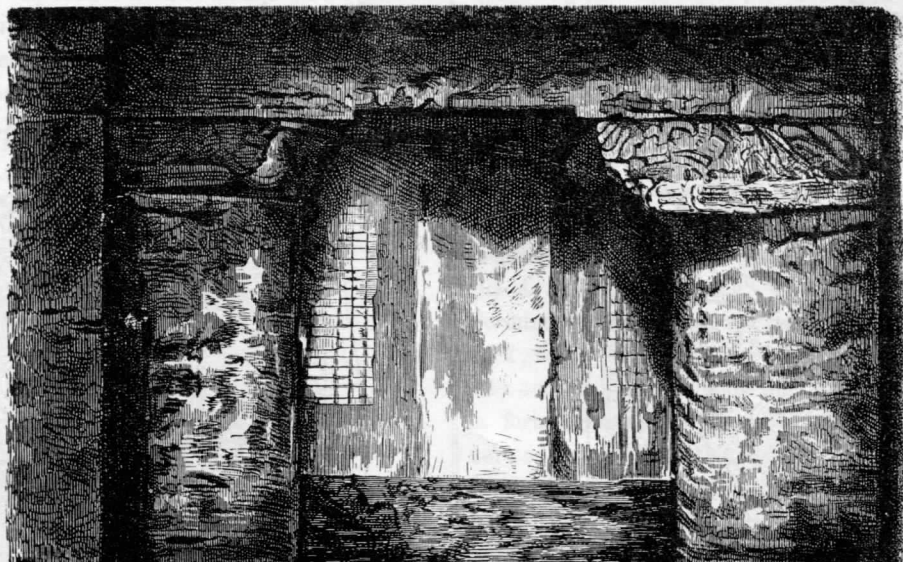
Segundo bajo-relieve de la puerta del altar

piernas y subiendo por ambos lados hasta la mitad de su cuerpo, se ve una culebra de cascabel adornada en su cuello y cola con plumas, lo que confirma que la figura es *Gucumatz* y no *Tlaloc*, como quiere el profesor Holden. Empuña con ambas manos un canuto que sopla y del cual sale el símbolo del viento, pues *Quetzalcoatl* era el dios del aire. Solamente tiene cuatro jeroglíficos en la parte superior, y nos confirman en la clasificación de la deidad, pues entre ellos hemos reconocido al tigre, *ocelotl*, y á la muerte, *miquiztli*, días que pertenecen á la estrella de la tarde, como extensamente explicamos en nuestro último estudio sobre la piedra del Sol.

Pero hoy esos relieves ya no están en su lugar ni la cruz que ocupaba el fondo del altar; del rico ornato apenas quedan insignificantes fragmentos, y esa pieza, vacía y apenas alumbrada por la débil luz que le llega

de la entrada principal del edificio, abre todavía su ancha puerta como desmesurada boca muda que nada responde á la insaciable curiosidad de la ciencia.

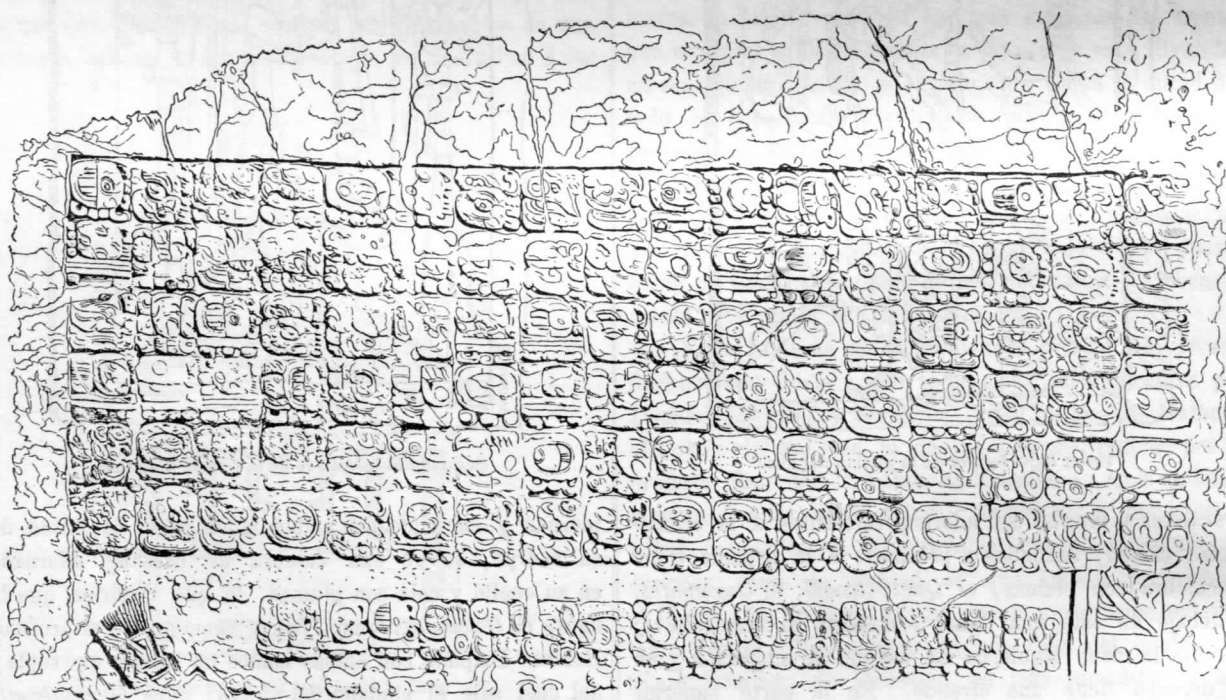
La pieza del santuario tenía un techo plano y en



Estado actual del altar de la Cruz

el fondo estaba el altar: mide trece piés de largo por siete de fondo. En éste, y cubriéndolo casi enteramente, estaban los tres tableros de la Cruz. Charnay, descri-

biendo el altar, dice que es una especie de arca cubierta que tiene por ornamento un pequeño friso con molduras; que en los dos extremos del friso están desplegadas dos



Tercer tablero de la Cruz, que está en Washington

alas hacia arriba, que recuerdan un ornamento que se ve con frecuencia en los monumentos egipcios, y que á cada lado de la entrada hay adornos sobrepuestos y algunas veces tallados, representando diferentes perso-

najes. Hoy todo esto está muy deteriorado; pero veremos después esas curiosas alas en el templo del Sol.

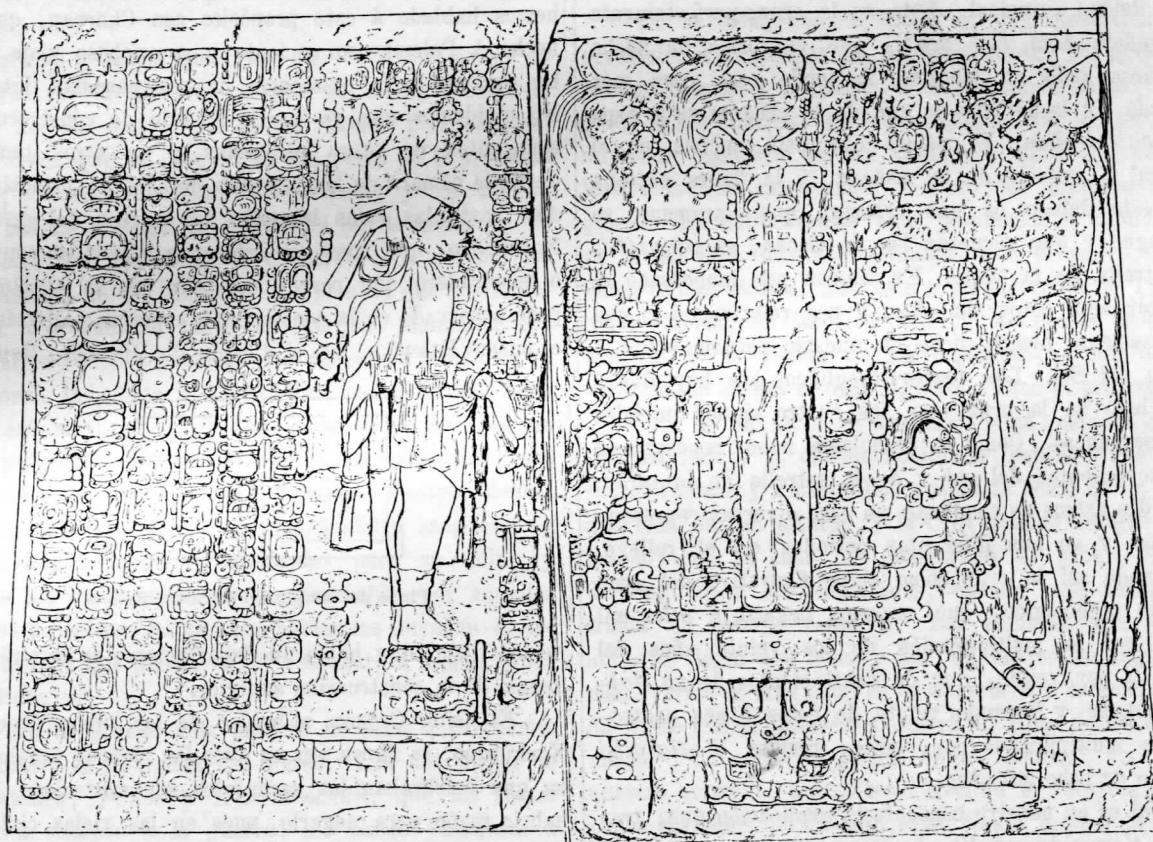
Pasemos ya á ocuparnos de los tableros de la Cruz. Éstos eran tres unidos entre sí y formando un todo

completo. El de la derecha del espectador fué transportado á Washington, y existe en el Instituto Smithsoniano, donde nos lo enseñó el sabio profesor Henry en diciembre de 1873, y desde entonces le dijimos que era en nuestro concepto uno de los tres de la Cruz, que faltaba en Palemke; estudios posteriores publicados por el Instituto en 1882 lo confirman plenamente. Este tablero comprende una serie de jeroglíficos y la parte posterior de la mitra y adornos de la figura que está á la izquierda de la cruz. Es una losa del mismo mármol ó caliza que hemos mencionado.

La piedra del centro, que es la que contiene la

cruz, tampoco está en su lugar. Fué removida y llevada hacia abajo á un lado de la construcción, y está ahora á orillas del río que corre entre las ruinas. Charnay sacó de ella una fotografía bastante confusa, pues la han deslavado y cubierto de musgo los arroyuelos que forman las lluvias, pero se ha grabado con bastante exactitud. La piedra de la derecha se conserva en su lugar y comprende una de las figuras y otra serie de jeroglíficos. Últimamente Charnay sacó una buena fotografía de los dos tableros que existen en Palemke, para lo cual suponemos que las unió.

Stephens da á las losas seis piés cuatro pulgadas



Los dos bajo-relieves del templo de la Cruz, que están en Palemke

de alto, y esta es exactamente la altura del tablero del Instituto, que tiene, sin embargo, arriba y abajo de la parte esculpida y á su derecha algunas partes lisas; rebordes que cubría sin duda el estuco que sujetaba los relieves á la pared. En el Instituto han clasificado esta losa de arenisca dura: los fragmentos que tenemos en el Museo han sido considerados como de caliza. La losa tiene tres pulgadas y cuarto de grueso, es de grano fino y de color gris amarillento.

Consideremos reconstruido todo el relieve con sus tres losas unidas, y expliquémoslo según las ideas que ya hemos emitido, dando de mano las muchas opiniones extrañas que sobre la materia se han publicado.

No puede ponerse en duda que cada uno de los

adornos, signos ó símbolos que hay en este complicadísimo relieve, tiene un significado especial, lo mismo que los diversos jeroglíficos calculeiformes, de los que unos pocos están en el centro y la mayor parte en seis hileras de arriba abajo por ambos lados, los cuales deben ser la leyenda del monumento. Pero ya que hasta hoy ha sido imposible su inteligencia, contentémonos con investigar qué son las figuras principales y algunos de los accesorios más notables.

Si comparamos los dos hombres que están á los lados de la cruz con los dos relieves exteriores de que ya hemos hablado, veremos que son iguales y están en la misma disposición. El de la izquierda del espectador es el sol con su gran mitra, y así como el otro tenía

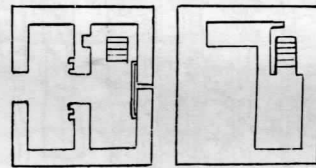
atrás la *culebra con plumas*, éste lleva por adornos de sus colgajos los dos círculos con cruces de brazos iguales, que expresan los dos primeros períodos cronológicos de *Quetzalcoatl*; como aquél, éste presenta también una ofrenda en la mano, y tiene dos signos astronómicos detrás, uno con una U á la espalda, que tomamos por el *ollin-meztli*, y otro abajo, que nos es muy conocido, y representa el *xiuhltlalpilli* ó gran período del sol. La figura de la derecha es también semejante al exterior, aunque no tiene la máscara sagrada ni la piel de *océlotl*, y en lugar de soplar como el otro, éste ofrece un niño ante la cruz. Ambas figuras abren los labios para expresar que hablan ú oran á la deidad principal. Ésta es la cruz, perfectamente confundida aquí con *ácatl*, que en forma de flecha atraviesa toda su longitud formando otra cruz más delgada. A la derecha del pié de la cruz se ve la aspa del *nahui-ollin*. El pájaro que está encima es el quetzal ó estrella de la mañana, y la figura extraña que está debajo es una calavera que claramente se distingue y que recuerda las de Copán; es *miquiztli*, la estrella de la tarde. Excusamos por inoportuno el explicar aquí estos símbolos, y nos referimos á lo que extensamente hemos dicho en nuestro estudio sobre la piedra del Sol. Los cuatro jeroglíficos que hay, dos á cada lado de la cruz, son los cuatro signos iniciales y cronográficos. Como la cronología nahoa reposaba en los movimientos del sol y de la estrella de la tarde, estos dos astros se combinan en sus diversas representaciones y en sus diferentes períodos en el relieve, resultando así la cruz como signo figurativo del gran período cronológico, que creemos llegaba á ocho mil años, por la multiplicación de los veinte años del *tlalpilli* por veinte, que da cuatrocientos de un *tlalpilli* mayor, y tomando veinte de éstos ó sea cuatrocientos multiplicados por veinte, resulta el *tlalpilli* máximo de ocho mil años.

Tal es en nuestro concepto la explicación que, tras mucho tiempo de estudio, hemos creído encontrar á tan admirable monumento.

Todavía nos ocuparemos de otros detalles del templo de la Cruz. Recordemos que ya hemos hablado de una estatua de piedra de extraño y grandísimo tocado que se encontró en la vertiente de la pirámide. No hay duda de que con ese rarísimo tocado se quiso que toda la figura semejase una cruz, y por cierto que esto y su *maxtli*, de forma especialísima, dan buena idea del *lingam*. Pero lo que no habíamos dicho es que Waldeck encontró dos estatuas perfectamente iguales, de las que una estaba rota. Ambas servían de cariátides y sostenían en la parte austral del *homul* una plataforma que se extendía delante de la puerta central del templo. Las cariátides tenían la colosal altura de diez piés seis pulgadas, y como daban á la pirámide la espalda, ésta no estaba bien esculpida, por

lo que antes indicamos la idea de Stephens de que la estatua pudiera haber estado puesta contra una pared.

Otra particularidad del templo de la Cruz y de mucha importancia, es que del cuarto de la izquierda descende una escalera á un pasadizo subterráneo que termina exactamente debajo del altar. Dice Charnay que es probable que los sacerdotes, ocultos en esa bóveda, de la cual los fieles no tenían conocimiento, pronunciasen oráculos en alta voz, que los consultantes tomaban por la de sus dioses; pues desde los tiempos más remotos se han empleado los mismos medios. Algunos escritores lo han negado diciendo que el tal subterráneo no es más que la excavación que hizo Del Río. Pero nosotros hemos hablado á este propósito con Charnay, que ha hecho á Palemke un reciente y provechoso viaje y nos ha confirmado la existencia de ese pasadizo interior. No olvidemos que ya hemos tratado de construcciones semejantes en otras pirámides y en otros templos, desde la cámara de las tinieblas del *homul* primitivo de Aké hasta las salas labradas en la roca del cerro de Xochicalco, que como recordaremos tienen un conducto ó respiradero que parece coincidir con la abertura ó pozo observado en la construcción superior. Además, en el mismo Palemke, en el templo del Hermoso Relieve,



Plano del templo del Hermoso Relieve

hemos dicho que había un departamento en la pirámide debajo de la construcción superior.

El señor Orozco, al hablar de los subterráneos de Xochicalco, se figura ver en ellos los lugares tenebrosos en que celebraban los sacerdotes sus misterios. Y no habría razón para negarlo, pues en las viejas civilizaciones, especialmente en aquellas en que encontramos afinidades con la palemkana, se acostumbraron los ritos ocultos. Vemos en su origen dos ideas. La primera, que habiendo llegado los sacerdotes por el estudio y la contemplación á conocer los secretos de la cosmogonía y algunas verdades filosóficas, no creyeron oportuno en esos tiempos el comunicarlos á la multitud ignorante y preocupada y reserváronlos en sus santuarios donde tan sólo los enseñaban á los iniciados y á los electos. Daban á su comunicación gran pompa é importancia y sujetaban á los neófitos á pruebas que eran la significación de las mismas verdades que les revelaban. Bajo este aspecto fueron los misterios un gran elemento de progreso y el origen de la filosofía. Que existieron en nuestros antiguos pueblos lo creemos, porque de otra manera no se habrían conservado tan perfectamente las tradiciones cosmogónicas que hemos visto cuán acordes

están con las enseñanzas de la ciencia, y se habría perdido el sentido verdadero de las leyendas, que eran para el pueblo verdades históricas, y que por tales las han tomado nuestros historiadores. Pero los sacerdotes cuidaron de explicarlo todo en sus jeroglíficos, si bien no enseñaban su interpretación á la multitud, y la reservaban dentro de los muros de sus santuarios. La segunda idea que llevó el sacerdocio al establecer los misterios fué ligar á su religión todos los poderosos de la inteligencia ó de la fuerza. Acaso entonces nacieron las instituciones militares, tan semejantes á las órdenes de caballería de que hablaremos en su lugar oportuno, y este fué un gran elemento de su poder y su tiranía.

Pero no podemos dudar de que el mayor apoyo de la fuerza de su gobierno estaba en el fanatismo, lo mismo de las masas que de las clases privilegiadas. Hacer creer que su voz era la expresión de la voluntad divina, era conquistar la omnipotencia; y de ningún modo podían conseguirlo mejor que con la invención de los dioses que hablaban, cuyo secreto nos revelan los subterráneos de los templos. La idea de que sus ídolos tenían voz humana para expresar sus mandatos era general en aquellos pueblos. Los tzapoteca tenían en su territorio, inmediata á Tehutilán, una montaña, cuya cima era muy respetable para toda la nación, por un gran peñasco que tiene asiento en esa eminencia como su remate, en el que se les presentaba su mayor deidad y hablaba á sus sacerdotes mandándoles sacrificios y previniéndoles leyes y ceremonias para su culto, y cuando los otros ídolos que se veneraban por aquellos pueblos y naciones no querían hablar los llevaban á ese peñasco para que dieran en él respuesta á lo que se les consultaba.

Pero la prueba más patente de estas supercherías se encontró en la laguna del Peten. Los dos dioses de las batallas, *Pakoc* y *Hexchunchán*, que los itzaes llevaban siempre á la guerra, les daban respuesta á sus consultas, y en los mitotes ó danzas solían hablarles y bailar con ellos. En la gran plaza de la ciudad de Tayza había un templo que cuidaba el sacerdote Tut, que era su principal profeta, y en él estaba un ídolo de forma horrorosa con quien consultaba ese sacerdote. El día anterior al en que entraron los españoles le había dicho el ídolo que se previniesen y tuvieran ánimo que él les ayudaría con tal de que le sacrificasen á los cautivos; pero habiendo llegado el día de la batalla y

viendo el sacerdote que los suyos iban de vencida, increpaba al ídolo y le pegó con el arco y las flechas, y diciéndole muchos oprobios echó á huir con los demás de la isla. Y que creían de buena fe en todos estos embaucamientos lo prueba que don Martín Can, indio converso y amigo de los españoles, les contó que los ídolos hablaban, que él muchas veces les había hablado y le habían respondido. Todavía há pocos años los indios mayas de Chan Santa Cruz, que viven en Yucatán independientes, recibían respuestas de su deidad, y se averiguó que su gran sacerdote era un diestro ventrílocuo que hacía salir la voz de la misma cruz de piedra.

Ya se comprenderá ahora en qué consistían las revelaciones proféticas de los sacerdotes. De agoreros habían pasado á profetas, bien revelando lo porvenir que, según decían, les comunicaban sus dioses, ya formando cantares de son profético sobre sus hechos históricos más culminantes ó sobre sus leyendas religiosas. Ejemplificaremos esas predicciones citando la ya mencionada de Chilán-Canbal, que otras veces se llama Chilán-Balám. Era éste gran sacerdote de Tixcayón Cabich, en Maní, y escribió su poesía profética después de la venida de los españoles, según hemos visto que lo afirma el deán Aguilar. Dice la profecía:

«En el fin de la decimatercia edad, estando en su pujanza Itzá y la ciudad nombrada Tancah, que está entre Yacmán y Tichaquillo, vendrá la señal de un Dios que está en las alturas, y la Cruz se manifestará ya al mundo, con la cual fué alumbrado el orbe. Habrá division entre las voluntades, cuando esta señal sea traída en tiempo venidero. Los hombres sacerdotes, antes de llegar una legua y aún un cuarto de legua no más, vereis la cruz, que se os aparecerá y os amenazará de Norte á Sur. Entonces cesará el culto de los dioses vanos. Ya nuestro Padre viene, itzaes. Ya viene nuestro hermano, tantunites. Recibid á vuestros huéspedes barbados del Oriente, que vienen á traer la Señal de Dios.»

Así el sacerdocio, apoderado de las clases privilegiadas por los misterios, del vulgo por el culto y los oráculos, y del sentimiento nacional por sus relatos proféticos, era dueño absoluto de todas las almas y de todas las vidas, y al inclinarse el supremo Votan ante los tableros de la Cruz, inclinaba consigo ante ese signo misterioso de la generación y del tiempo á un gran pueblo, poderoso por la fuerza, por la riqueza y por la fe.